

## ENSEÑANZAS ACTUALES DE PLATÓN

# El platonismo en el pensamiento de Occidente

por

Sabino Alonso-Fueyo

### I

#### PLATÓN, ENTREVISTO



SOBRE el sencillo cimiento socrático alcanza la Filosofía con Platón una espléndida vitalidad. La figura de Sócrates, el maestro, transmite al discípulo la experiencia de la vida del justo, la ciencia de lo universal. Y a partir de entonces fué necesario concebir por encima de las cosas sensibles, fugitivas, la estable realidad de las ideas. He aquí la máxima novedad de Platón, alumbrando con alegría de creación la puesta en marcha de un nuevo método metafísico, ontológico: la Dialéctica (1).

Sócrates da un paso gigantesco en Filosofía con la definición; descubre el *concepto* o elemento racional, que hace posible un conocimiento universalmente válido frente a las afirmaciones capciosas de los sofistas. Pero su procedimiento decepciona, puesto que acaba sin decir lo que es la cosa. Y en este punto concreto, maestro y discípulo se separan a lo largo de un camino dialéctico. Platón —que empieza diciendo lo que la cosa no *es*— irá salvando obstáculos, pasará de una contestación a otra mejor, hasta llegar a la contemplación misma de las esencias, de la realidad verdadera. Ha quedado atrás ya el mundo confuso y oscuro de las experiencias, y otro mundo mejor, claro y verdadero, nos espera: el mundo de las ideas.

---

(1) Sabido es que Platón utilizó el diálogo expositivo como forma consubstancial a su filosofía. ¿Fué esto algo original en nuestro filósofo? Ultimamente parece haber sido demostrada toda una serie de concordancias especiales entre el estilo de los Diálogos platonícos y los de Buda, traducidos estos últimos por K. E. Neumann. El profesor doctor Karl Fríes ve en ellos una imitación tan clara que le sorprende haya pasado tanto tiempo inadvertida. (Véase la revista *Investigación y Progreso*, septiembre-octubre 1943, pág. 11. Madrid.)

Fué así como el *logos* socrático se le convierte en *idea* a Platón. El concepto o *logos* es la unidad mental que representa la unidad real. Cuando aquel hombre desconcertante y extraño, Sócrates, quiere arrancar a sus interrogados del ágora las *definiciones* del Valor, de la Justicia, de la Virtud... pretende formar la unidad mental correspondiente a esas unidades reales. Y pone a nuestro alcance el magno instrumento del conocimiento científico: el *concepto*.

Pero a Platón esto le suena todavía a fenómeno psíquico, a algo que está en nosotros como una especie de unidad lógica; y como cree que el concepto o *logos* está fuera del sujeto, forja una palabra nueva —*Idea*— que expresa justamente la realidad objetiva, trascendente: la realidad más real de la cosa.

Quizá arranque de este hallazgo interesante esa extendida opinión de no pocos pensadores modernos llamando a Platón *idealista*: él inventó la *Idea*, luego *idealista*. Mas no se han parado a reflexionar que la razón profunda de todo ello es bien distinta. Porque hoy, modernamente, la palabra *Idea* —ya como representación o imagen, como noticia o como fenómeno psíquico— expresa siempre algo subjetivo: no se sale jamás del ámbito de la subjetividad. En cambio, en Platón resulta todo lo contrario, porque en él las ideas de las cosas no dependen de nuestra existencia: son *modelos* o *arquetipos* a los cuales se *asemejan* los seres del mundo sensible. Son el fin último a que propende nuestro conocimiento.

Por eso ha dicho don Manuel García Morente, con diáfana claridad: «El idealismo ha de ser por fuerza una doctrina típicamente moderna, que ni se encuentra ni puede encontrarse en la antigüedad, por ser una reacción contra otras filosofías. No se puede empezar a filosofar en sentido idealista. La filosofía griega, que llega a su plenitud con Platón y Aristóteles, parte de la cosa y es irrealista.»

Mas no es éste —con ser muy importante— el tema principal de este artículo. Pretendemos centrar la atención, sobre todo, en la influencia del platonismo en el pensamiento del Occidente, cuyas líneas esenciales no han perdido actualidad todavía. El discípulo de Sócrates, pertrechado ya con las mejores armas del saber, deja Atenas después de la muerte del maestro. Son diez o doce años de un continuo peregrinaje en busca de la Sabiduría. Cirene le brinda la ciencia matemática con Teodoro; en la Magna Grecia estudia a Pitágoras con Filolao, Arquitas y Timeo; Egipto abre sus ojos al espectáculo de la civilización más antigua conocida de los griegos... Estos viajes —complemento magnífico de su educación científica— demostrarán muy pronto que la preocupación dominante en Platón no fué otra que la de aplicar su filosofía al gobierno de los pueblos.

Platón penetró en las principales corrientes de la ortodoxia occidental a través de San Agustín, Boecio y Dionisio Areopagita. El primero reconoce haber aprendido con los neoplatónicos a conocer la naturaleza simplicísima de Dios, sus atributos infinitos y el triple oficio que el mismo Dios desempeña con las criaturas como Creador, como luz de las inteligencias y como fuente de todo bien por medio de la Gracia.

La naturaleza del mal, la complicada teoría de las *rationes seminales*, el espiritualismo psicológico, la doctrina de la felicidad, las fórmulas de la moral y del ascetismo, todas estas ideas de la filosofía agustiniana, en todo o en parte, las debe el santo al estudio de los neoplatónicos.

«La única verdad fundamental que no hallé entre los platónicos —dice en un famoso pasaje de las "Confesiones" (2)— fué la de la encarnación...», «pero no leí allí que el Verbo se hizo carne y habitó en nosotros...»

La aportación de Boecio débese, sobre todo, a su libro *De consolazione philosophiae*, en el que expone con verdadero garbo la cosmología platónica y su teología natural. Descansa dicha obra en este pensamiento de Platón: «Si deseas contemplar con clara luz la verdad, toma la senda por el atajo, echa las alegrías, lanza el temor y ahuyenta las esperanzas para que no se presente el dolor. Nubiada está la mente y sujeta por frenos donde tienen imperio aquellas cosas.»

En cuanto a Dionisio, su modo de exponer la doctrina de la Iglesia está como empapado en extrañas y profundas reminiscencias platónicas. Los cimientos de la angeología medieval y de las teorías místicas asiéntanse propiamente en él.

La tradición platónicoagustiniana no ha quedado truncada, ni mucho menos, con el triunfo del brioso fraile de Aquino en el siglo XIII. Los franciscanos, en general, supieron mantener enhiesta la bandera, y es en Oxford donde buscan refugio las ciencias nuevas, que se adoptan de los árabes y en donde se recoge y se recogerá y hará fructificar la herencia de Chartres: «Allí —dice Gilson (3)— se mantendrá fidelidad al platonismo agustiniano, se salvarán los idiomas y enseñarán las matemáticas, de los cuales París se desentenderá.»

Las corrientes platónicas, bajo otros aspectos, se han acusado siglos después

(2) VII, 9-14.

(3) ETIENNE GILSON: *La Philosophie au moyen-âge*, II, 46.

en la historia de la ciencia moderna. Cuando Leibnitz y Newton hallaron el cálculo en el siglo xvii —dice Alfred Edward Taylord—, retrocedieron a ideas matemáticas que se expresaron en la primera generación de la Academia, y en cuanto a los predecesores inmediatos, que les sirvieron de guía —Cavallieri, Wallis, Barrow—, fueron hombres que precisamente reiniciaron el estudio de la Geometría allí donde la había dejado la Academia. Quizá podríamos agregar que los trabajos posteriores de Weiertrass y sus compañeros, que en nuestros días han hecho del cálculo un desarrollo estrictamente lógico, empezando con los primeros principios de la ciencia de los números, no ha sido sino la realización de una tarea indicada por Platón, aunque imposible de resolver, dada la escasez de medios de que disponía en su época. El propósito que recientemente quiso realizar el doctor Whitehead, de crear una filosofía adecuada de la naturaleza, comprobó que, en términos generales, estaba siguiendo las ideas principales sobre una visión general de la naturaleza tal como la expone Platón por medio de Timeo (4).

Concretamente a España, el platonismo es propagado por Sebastián Fox Morcillo (1522-1568), que intenta conciliarlo con Aristóteles en su obra *De natura philosophiae seu de Platonis et Aristotelis*; Francisco Vallés (1524-1592), médico de Felipe II, pretende algo parecido en *De sacra philosophiae*, si bien parece acentuar la nota aristotélica (5).

### III

#### EL PLATONISMO POÉTICO EN EL RENACIMIENTO

En Platón hay algo más que el filósofo, hay también el poeta, cuyas resonancias son igualmente poderosas en la formación del hombre renacentista. Durante el Renacimiento operóse una reacción contra Aristóteles y pasó a ocupar un primer plano Platón, que llegaba a Occidente del brazo de los sabios griegos huídos de Bizancio. El principal de todos fué Jorge «Gemisto», más conocido por el sobrenombre de *Pletón* (6), quien consigue de Cosme de Médicis la creación de la Academia Platónica de Florencia. Reprodujose el

(4) ALFRED EDWARD TAYLOR: *El platonismo y su influencia*, 34.

(5) Recomendamos *Los precursores españoles de Bacon y Descartes*, de ELOY BULLÓN. El lector hallará en este libro —de escaso rigor científico— algunas orientaciones en torno al tema.

(6) En realidad «Gemisto» (=lleno) era ya un sobrenombre que trocó por el sinónimo de «Pletón», significando también en griego lleno. Pero le diferencia tan sólo una letra del nombre de su maestro.

«Symposion» en el convite de la villa de Careggi, en que Marsilio Ficino disertaba sobre el amor, y así, en pláticas y conferencias, la doctrina de Platón no tardó en difundirse rápidamente. A la novedad del filósofo —después de varios siglos de excesos escolásticos— uníase su gran inspiración de poeta, hablando con elegancia helénica del amor y de la belleza, temas de suyo que seducían a una sociedad de artistas como era la del Renacimiento. De este modo, la influencia no tardó en experimentarse en nuestra lírica del xvi: en la *Oda a Sabinas*, de Fray Luis; en los *Diálogos*, de León Hebreo; en Garcilaso de la Vega, en los tratados de Mística, en el mundo idealizado de la Caballería, del trovador y de la Arcadia (7). Estas frases de León Hebreo son como el airón del mejor platonismo poético: «La hermosura es idea; toda belleza es gracia formal que deleita y mueve a amar a quien la comprenda...»

Bien podemos decir que el influjo de Platón en la gran literatura poética del mundo occidental —a través de Virgilio, Dante, Chaucer y varios otros—, llega incluso hasta los más sobresalientes aedas de nuestro tiempo.

\*\*\*

Grande fué el apogeo de aquella Academia florentina durante el mandato de Lorenzo «el Magnífico» y de Juliiano de Médicis, y grandes fueron también sus repercusiones en toda Europa. Citemos las figuras más sobresalientes de aquella época de esplendor: El cardenal Besarion, de origen griego —que deseó conciliar a Platón con Aristóteles—; Marsilio Ficino —influído por las corrientes alejandrinas—; traductor de Platón, Plotino, Proclo y Jámblico, y Juan Pico de la Mirándola, de vastísimo saber y dialéctico genial, en quien el platonismo hállase combinado con doctrinas cabalísticas.

#### IV

#### EL PLATONISMO EN LA FILOSOFÍA DE BALMES

Balmes siente muy vivamente la exigencia aristotélica del estudio analítico del concreto real y existencial. Mas eso no es obstáculo para que la visual balmesiana se centre también en el mundo de Platón con sus constantes

---

(7) CONSÚLTASE MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de las ideas estéticas en España*, 2.ª edición, tomo III, Madrid, 1896. Idem: *De las vicisitudes de la filosofía platónica en España*. ANGEL VALBUENA PRAT: *Historia de la Literatura española*, pág. 400 del tomo I. Editorial Gili, Barcelona, 1946.

invocaciones al absoluto. Camina entonces el filósofo de Vich por la calzada que pudiéramos llamar de un *platonismo teológico*, con su demostración de la existencia de Dios dentro ya de la corriente platónicoagustiniana. Y es así cómo se hace patente esa confianza de Balmès en el poder de la razón humana, que busca afanosamente la verdad sobre una supuesta relación entre lo particular y lo absoluto, rasgo característico de toda metafísica platónica.

Abundan los textos que ratifican las afirmaciones expuestas. Recojamos algunos del libro IV de la *Filosofía fundamental*:

«La unidad de la razón humana da una cumplida demostración de la existencia de Dios. La razón universal es una palabra sin sentido si no significa un ser por esencia inteligente, activo, productor de todos los seres, de todas las inteligencias, causa de todo, luz de todo...» «Hay comunidad de la razón en cuanto a todos los entendimientos finitos los ilumina una misma luz: Dios que los ha criado.»

... ..  
«La razón de todos los hombres tiene por lazo común la Inteligencia infinita, luego Dios está en nosotros, y encierran profundísima filosofía aquellas palabras del Apóstol: *In ipso vivimus, movemur et sumus*.

... ..

»La teoría que acabo de exponer ha sido la de todos los metafísicos más eminentes. Con Dios, todo se aclara; sin Dios, todo es un caos. Esto es verdad en el orden de los hechos y no lo es menos en el de las ideas... La palabra Razón tiene un significado profundo si se refiere a la Inteligencia infinita. No puede haber dos razones humanas, siendo verdadero para uno lo que sea falso para otro; independientemente de toda comunicación entre los espíritus humanos y de toda intuición, hay verdades necesarias para todos. Si queremos explicar esa unidad, es necesario salir de nosotros y elevarnos a la grande unidad de donde sale todo y a donde se dirige todo.

»Este punto de vista es alto, pero es el único; si nos apartamos de él no vemos nada. Estamos precisados a emplear palabras que nada significan. ¡Pensamiento sublime y consolador! Aun cuando el hombre no se acuerda de Dios y quizá le niega, tiene a Dios en su entendimiento, en sus ideas, en todo cuanto es, en todo cuanto piensa; la fuerza perceptiva se la ha comunicado Dios; la verdad objetiva se funda en Dios; no puede afirmar una verdad sin que afirme una cosa representada en Dios. Esta comunicación íntima de lo finito por lo Infinito es una de las verdades más ciertas de la Metafísica; aunque las investigaciones ideológicas no produjesen más resultado que el descubrimiento de una verdad tan importante, deberíamos tener por muy aprovechado el tiempo que hubiéramos consumido en ellas.»

Hasta aquí el platonismo balmesiano en el ámbito de la Teología. Pero

también la Cosmología, la Antropología y la Gnoseología de Jaime Balmes acusan influencias bien marcadas del mejor discípulo de Sócrates. Hay en nuestro filósofo catalán una visión matemática del mundo que recuerda el sentido pitagórico de Platón. Otro tanto acontece con su concepción dualista del hombre, con su doble vertiente de los sentidos y de la inteligencia asentándose, sí, en la unidad del sujeto que piensa y siente, pero afirmando «la existencia de un orden intelectual puro que no se contamina con el orden sensible, aun estando en comunicación con él.»

Del dualismo antropológico despréndese el dualismo del conocimiento, cuya influencia platónica ve el profesor italiano Luis M. Bogliolo en las distintas dualidades que encontramos en la doctrina balmesiana de la certeza. Un conocimiento, esencialmente *uno* (conocimiento humano sin más), estructuralmente dúplice, en la concepción platónica, como en la de Balmes, es algo incomprensible. Toda concepción gnoseológica supone implícitamente una concepción metafísica. Aunque sea necesario distinguir atentamente metafísica y gnoseología, la verdad es que una doctrina gnoseológica supone siempre una doctrina metafísica por el hecho mismo de ser una doctrina de lo real. Por eso mismo una gnoseología independiente, al menos *materialiter* de la metafísica, es algo inconcebible, y es un absurdo. La doctrina del conocimiento hállase necesariamente contenida en el marco de una concepción metafísica para los autores mismos que rechazan verbalmente toda metafísica.

Aquí está el motivo profundo de los reverberos del dualismo antropológico balmesiano en su doctrina del conocimiento (8).

---

(8) LUIS M. BOGLIOLO: «El platonismo cristiano de Jaime Balmes». Comunicación al Congreso Internacional de Filosofía de Barcelona. Publicada en las *Actas* (II) de dicho Congreso por el Instituto Luis Vives de Filosofía, 1949.

